Precios de suscripción

En la capital, al mes una peseta: fuera cuatro pesetas trimestre.

Anuncios y comunicados á precios convencionales. Pago adelantado.

NUMEROS SUELTOS
5 CÉNTIMOS
ATRASADOS 10

# Las Provincias de Levante

Paquetes para la venta, á 0'75 pesetas mano de 25 ejemplares.

Toda la correspondencia administrativa se dirigirá al administrador

D. Mateo Selquer Almela
Crédito Público, 1

No se devuelven los originales.

Año XV.-Núm. 4293 | Murcia 27 de Enero de 1900 | Tres ediciones diarias

## BUSOT

(Del *journal* de una institutriz.)

**Al Excmo. Sr. Marqués del Bosch.**

I

MORS

Lunes, 4.

...«Y si me muero ¿qué?...»—habíame dicho Miss Lucy—«Reposaría en Busot. ¿Qué habría de faltarme aquí? Nada. Oh! si me muero ¡por piedad! enterradme en uno de estos montes, alto, muy alto, que lo domine todo... Circundad mi sepulcro de cip eses y pinos... Ninguna flor; ya brotarán del pecho mío... Luz, mucha luz, aroma de los pinares, suave brisa del mar... algunas matas de romero, y mi palma... Tal es mi testamento... Ahora, ven Muerte...! No me importa morir...»

*Poor* Miss Lucy! Cómo se exaltaba en su delirio fúnebre...! Qué pena daba el oirla...! Cuán grave estaba la pobrecilla...!

Indudablemente fué una gran imprudencia el emprender el viaje, después de la tremenda recaída que había sufrido. Bastó un ligero alivio para animarla. Mas no era esto suficiente; aún no estaba bien. No tenía fuerzas la pobre. La mejoría no era franca. *Algo* dijo el doctor que le restaba. Ella misma resentíase un tanto.—«Convendría—añadió el médico—esperar un poco. De la pulmonía ya estaba curada. No había peligro inmediato; pero á veces. . Lo mejor sería aguardar una semana más... y luego el clima dulce y constante de Busot acabaría por ponerla buena. El pediría las habitaciones, y cuando contestaran, iríamos..,» Todo esto era muy racional. Pero ella, caprichosilla, dispuso la marcha enseguida. Sir Julián, padre complaciente, como de ordinario, se dejó convencer... Así salimos precipitadamente de Madrid. Qué noche más fría...!

Despertamos en Alicante. El sol del mediodía pareció reanimarla. Pero hacía un tiempo para allí excepcional. Un viento por demás desapacible había sucedido al huracán del día anterior. Nos aconsejaron que descansáramos en la ciudad un par de días; pero ella, impaciente, no quiso acceder y salimos la tarde aquella para los *Baños de Busot*. Vinimos en la berlina, porque Miss Lucy dijo que iba bien abrigada, no temía el aire y quería admirar el pintoresco panorama que ofrece la deleitosa Huerta de Alicante, con sus *torres* esbeltas, el paisaje marítimo y el camino agreste que peñas arriba conduce al Sanatorio.

Cuando llegamos al Hotel Miramar anochecía. La primera impresión que nos produjo el Sanatorio fué agradabilísima. Verdaderamente suntuoso, sería quimera exigir en él mejor gusto, más arte, mayor confort y esplendidez.

En el vestíbulo del Hotel varios jóvenes que aguardaban el correo mostráronse sorprendidos al vernos llegar.—«¡Qué valor han tenido!» se dijeron.—Y es que, según luego supimos, había hecho un viento tan huracanado, que habían renunciado al paseo todos, lo mismo el jóven é intrépido cazador que indultó á las perdices y conejos aquél día, que el inspirado poeta, que tampoco fué, como acostumbraba, á declamar sus versos á las gentiles ninfas de los bosques.

Por la noche desatóse el vendabal con furia inusitada. La gente, recluída á primera hora en el salón, comentaba la *anomalía* del tiempo, mientras Miss Lucy hojeaba los albums y leía en los folletos las descripciones admirables del edénico Busot.

El resto de la noche lo pasó Miss Lucy con cierta inquietud, tosiendo con alguna insistencia.

Al siguiente día se levantó muy temprano. Corrió al balcón. La mañana era fría. Había llovido algo. Velaba al sol la nube... Siguiendo su infantil costumbre, dibujó su nombre con el dedo en los cristales empañados... Pasó luego la mano para borrarlo... Contempló el ameno paisaje que á su vista se extendía... A los piés, un valle, en anfiteatro, salpicado de *villas* y bosquecillos; á la derecha, un grupo de palmeras y unas casitas de *Belén*; á la izquierda, un monte con un árbol grandísimo en la cumbre; enfrente, un caserío sobre una loma, detrás de esta un pueblecito sobre un monte, más allá una colina con su poblado, luego el monte sin verdura, á continuación otro más elevado, más lejos la inmensa mancha verde de los pinares, y en último término, pero cercano todavía, el mar y el cielo... ó el cielo y el mar, que se reflejan y confunden mútuamente...

¡Qué gozo el de Mis Lucy al ver tan delicioso espectáculo!

—«¡Andad! Vámonos pronto á los pinares y al mar,—decía.—Leí anoche en un libro, que hay 23 kilómetros de paseos dentro de la propiedad. Los recorreremos todos, ¿eh?»—Pero, ¿cómo? ¿con el frío que hace?—le dije—¿vamos á salir?—«No le hace—me contestó.—Nos abrigaremos. Y el sol no ha de tardar...—» ¿Y si lloviese?—«No lloverá. Además, llevaremos sombrillas. Vámonos. Haremos ejercicio. Volveremos con hambre. Devoraremos. ¡Esto es la salud!»...

Fuí débil, lo confieso.. Y salió al campo ligera y alegre, como un pajarillo que halla abierta la jaula, ansioso de libertad. Corrieamos algún tiempo, al azar, dejando unos caminos por otros. Penetramos en la espesura del bosque. Luego quiso trepar atrevida por el monte alto. En todos los sitios quería encontrarse á la vez. No se cansaba de admirar los distintos parajes.—«Esto es espléndido! —exclamaba—«*Beautiful! Oh, very nice, indeed!*.. ¿Y este aroma de los pinos...? Esto es salud..?»—y abría su boquita de rosa para aspirar fuertemente el aire balsámico.—«Mis inhalaciones»—decía haciendo un mohín encantador.

—«Mirad desde aquí el mar,—Miss Ketty. Qué majestuoso está con su infinito manto azul...! Yo quisiera ir á él.»—Sí?...—«Observad el cielo»...—Miss Lucy, ¿quereís también ir á él?

El sol lucía solo á intervalos. Comenzó á soplar un viento húmedo. Cayó un ligero chaparrón. Ella se reía como una loca de nuestra aventura.—«No os preocupeis—decía—Yá nos buscarán... No nos faltará una gruta en que guarecernos—Qué gusto! Y es muy sano este olor de tierra húmeda... Uy! cómo me he mojado mis piececitos...!»—Y corría, reía y hasta tosía á la vez.

—Qué ¿toséis?—le decía yo.

—«Sí, pero yá veis que también me río y *ça compense*»...

Al rato salió el sol. Miss Lucy batió palmas. —«Ahora si que nos vamos á casa»...

Este fué el final de la impensada travesura. Regresábamos después de tres largas horas... ¡Qué imprudencia, Dios mio, qué imprudencia!.

Al entrar en el Hotel, el Doctor, que estaba en la puerta, nos dijo que Sir Julian y la servidumbre nos buscaban por todas partes. Su cara plácida revestía cierta seriedad:—«Es una imprudencia, *Mademoiselle*, lo que habeis hecho—exclamó mi ándola y sonriendo; y, dirigiéndose á mí dijo luego gravemente:—«Ha sido una temeridad.. Nadie ha salido aún al bosque. Quiera Dios que no haya consecuencia... Ea, vamos para adentro. A curarse y á no recaer... Pero si recaeís, no tengaís miedo,—añadió jovialmente—yá os curaremos, *Mademoiselle...*»

Y.. recayó..! Ahora es menester, Dios mío, que la cure este buen Doctor.

Aquel oscurecer sintióse Miss Lucy bastante febril. Pasó la noche agitadísima. Hubo que llamar al médico, que le dió opio, para hacerla dormir. Al día siguiente estaba lo mismo. Después empeoró. Así, con mil vicisitudes, trascurrió la semana, teniéndonos á todos consternados, á su padre afligidísimo y al Doctor apurando los recursos de su ciencia.

***

¡Qué días más largos; qué noches más interminables; qué aflición más grande! No he descansado un solo instante. Siempre á la cabecera de su cama. Lo que he llorado, Virgen mía!...

Y ella? Se puso á la muerte. Mas no perdió la cabeza. Es decí , yo no sé si perdió el conocimiento ó si era yo la que no estaba en mi juicio.

Razonaba á veces. Otras deliraba. Pero en ocasiones diríase que era un sereno desvarío su cha la misteriosa. Por eso me impresionaba tanto.

Ella se daba cuenta de la gravedad de su padecimiento. No le asustaba la muerte. Al contrario, parecía que la deseaba.

—«Miss Ketty—decíame—Qué delicia morir... Y si me muriera, qué? Amortajadme con mi traje blanco.., con el peinado de todos los dias.. con mis libros, mis joyas, mis retratos, mis cartas, mi rosario, mis peines, espejito y demás objetos de *toilette*... Así debe enterrarse á una jóven, como al guerrero con sus armas, con su corona al rey... *Morir... dormir... soñar acaso*... Tenéis razón, *my Will*...

«Yá estaba yo cansada de esa vida elegante, mundana, vertiginosa que tanto háme agradado; pero no puedo yá más. ¡Ay! pronto dejaréis de llamarme la *Madonina* del *Sleeping-carr*. Mi cuerpo es harto débil para el tragín social. Mi santa madre no pudo resistirlo y murió jóven, amando tanto *la vie amussante*... Yo moriré quizás... Más vale morir en la juventud... y aquí... de improviso... de una vez... *toda*... que no mo ir á pedazos... parcialmente... por momentos: hoy la vista.. el cabello... la hermosura...; mañana las ilusiones... los recuerdos... la alegría...

«¡¡No es aún más triste morir en la memoria de los vivos, morir, viviendo, para los ausentes!!...

«¡Oh! todo esto es desconsolador...

«Mirad. El vendaval ha despojado los árboles. Anoche parecía el Parque un Sanatorio. ¡Cuántos quejidos lastimeros! ¡Tosían más que yo los árboles!... Esta mañana, cuando iban á recoger, bajo el balcón, las hojas caidas, crugían como huesos al pisarlas... ¡Oh! qué horror... Pero ¿creían que el Otoño iba á ser eternal...? Todo aquí bajo muere. Si. Hay en la tierra un Lete... Yo muerta, no quisiera morir del todo... Ponedme este epitafio: *Lucy, blonda. Respiró diez y seis años. Voló su alma á lo azul. Su cuerpo cubre el ropaje verde...*»

*Poor* Miss Lucy...! Parecía, al decir esto, una estatuita de marfil yacente en su cama, cama que semejaba la cuna de un copito de nieve rubia con claros ojos azules,..

¡Qué terror me producían estas reflexiones tan tristes! ¡Qué remordimiento me asaltaba! ¡Toma mi vida, una y mil veces, Señor, por la de esta infeliz criatura! pedía yo fervorosamente.

El *petit-grain* de romanticismo sentimental que en su cabecita se escondía, transparentábase en otras ocasiones.

—¿Cómo podeis hablar así de la muerte, Miss Lucy? Sois bella, jóven, buena, rica, poética, dichosa ¿cómo podeis morir?

—«*C'est pour ça*...—contestaba ella.—Qué ¿no os convence mi aserto? Recordad las opiniones de los poetas que suelen entender de esto... Ovidio se lamenta tristemente: *Las cosas buenas perecen pronto. Las malas continuan á cumplir su destino*. Vuestro Petrarca llora á su Laura que como toda *cosa bella e mortal passa e non dura*. Y el *povero mio* Leopardi, que del Amor y la Muerte, entrañables hermanos, dice:

*Cose quaggiù si belle*
*Altre il mondo non ha, non han le stelle.*

«Mas ¿no me explicábais un día que la Muerte era una deidad plácida entre los paganos, que la representaban como un hermoso mancebo...? Oh, no tengo yo miedo á la muerte esa! Oh! sombras del Elíseo...»

—Pero si curareís, Miss Lucy, si vivireis...

—«*...To leave! oh no. It is too late*
*Yon know, miss Ketty... Is my sad fate...!*»

La ví entonces como envuelta en un velo de melancolía, que la cubría... ó la ocultaba á mis ojos... ¿Era ella ó era yo quien tenía el presentimiento de lo infinito? No sé. Extendióme su mano. Al estrecharla, sentí el helor del alabastro. Ví en su mirada un fulgor desconocido. Apagóse su sonrisa, y parecióme que llegaba á mis oídos su voz desde muy lejos... Dios mío, crei que era yo quien se moría...!

Otras veces decía:—«Dios no me quiere...»

—Al contrario. Yo temo que os quiere demasiado...

—«Pues bien. No me muero, no. Quiero vivir, amar y ser amada.»

Nuestras conversaciones sobre la muerte, hánme hecho pensar estos días acerca de ella. Su idea me ha revelado como nunca la nulidad de la existencia.

La Muerte! ¿Qué será la muerte? Me pregunto.

«Nada se sabe del país del que nadie retorna!»

«Es, pues, un misterio. El gran misterio.»

Pero es lo cierto que se muere una... y que se muere en la florida edad... Mas ¿de qué se morirán las mujeres? La generalidad, como todos los séres, porque se acaba la vida... Algunas no se mueren, las matan ó las dejan morir... Mueren, además, de cualquier cosa. Una porque se le oscureció el cabello...; otra porque no se creía bastante bonita... Mueren de nada. Porque sí. Por ser éste fatalmente su breve y único destino.

Las flores y mujeres en la tierra
Nacen, aman y mueren en un día.

***

No podía morir Miss Lucy. No debía morir. No.

Transcurrieron unos días en medio de la más terrible incertidumbre.

De la confianza pasábamos de repente á la desesperación.

Ayer hizo crisis. Triunfamos...!

Luchamos denodados contra la muerte. Todos á una.

La vencimos!—«Huyó la muerte—dijo el Doctor—pero queda el mal.»

Respiramos; lay! Si. Gracias, Dios mío... Gracias también al Doctor. Fué un oráculo. Recayó, pero la curará... Sí. Porque vivirá... Ya está salvada!

Los ángeles han pasado de largo por Busot...

II

MORBUS

Lunes, 11.

Sí; tenemos que vencer todavía el mal... ¿Triunfará? Oh sí, Dios mío! Porque Miss Lucy es fuerte, sin serlo... Como lo somos las mujeres, *enfants malades*, según Michelet; pero que así y todo, desafiamos de contínuo por las diversiones y modas á la muerte. ¿Y la abnegada hermana de la caridad? ¿Y la intrépida *sportwoman*? ¿Y la infatigable *profesional beauty*? Sexo delicado, sí; sexo débil, no, y por su gracia, opuesto al que pudiera llamarse más bien que sexo feo, sexo brutal...

Miss Lucy es fuerte. Con su aire infantil de rubia *marionnette*, diríase que era un armazón de acero bajo una piel de raso... Y está habituada al ejercicio en su vida nerviosa y agitadísima de *girl* mundana *dans le train*. Tiene fibra. Vencerá la enfermedad. Sí; lo espero. Esta debe de estar escondida. Pues hay que echarla fuera de su lindo cuerpecito. Que no ha pasado del todo el peligro; así, conviene evitar cualquier amago de traición. El mal nos ronda incesantemente, y cuando vé un descuído, cuando vé un resquicio favorable, dice «por aquí me cuelo...» Hay que estar alerta!

¿De qué enfermará una mujer?

Yo yá sé que, como todos los seres, tenemos los achaques de la Naturaleza. Y otros propios de nuestra condición. Estos son inexorables Pero la mujer sufre evidentemente mayor número de males que ningún otro ser, y que reconocen su causa en la pésima organización de nuestra sociedad, en nuestra decantada civilización. De estos males, unos son individuales, otros colectivos.

Ejemplos de esta última especie. Ocurre á lo mejor una epidemia de celos... la enfermedad de no amar... el amor que se hace impopular. Pónese de moda un acceso de pasión, cunde la imitación servil y se dá un recrudecimiento de locuras, una invasión de suicidios, una furía de crimenes pasionales. Estilánse la galantería, la mogigatería, el *Bas-bleuismo*, el lujo y el juego desenfrenado, el vitriolo, la kleptomanía.

Hay enfermedades de moda, modas de la morbidez y modas mórbidas.

Males indíviduales originados por la sociedad. La mujer vése á menudo atacada de convencionalismo, infeccionada por el virus de la vanidad—Males de esta clase son también el orgullo, ese paludismo del alma; la desconfianza, que cuando no mata deja señales como la viruela; la envidia, esa enfermedad de la piel; el odio, ese tifus; la frialdad, esa pulmonía; la cólera, esa úlcera; el egoismo, ese cáncer torturador...

Hay además una série de males exclusivos de la mujer semi-naturales y semi-artificiales, ó sean mixtos. Estos son debidos al artificio, maldad ó tontería del hombre individualmente considerado. Entre otros: las jaquecas, que en el fondo suelen ser contrariedades, rarezas y pesadeces de los hombres; la *Nervous postration*, los *vapores*, que no son muchas veces sino agotamiento de paciencia, término de la complacencia; Neurartenias, fruto de ese contínuo disimulo impuesto, del esfuerzo de fingir por la necesidad de ser agradables. La eterna perfidia femenina ¿qué és sino el reverso del constante egoismo de los hombres...?

Hay males raros, curiosos, de tipos de excepción... La grande y múltiple Hysteria, con su interminable séquito de víctimas: Las tristes, las infelices, las neuróticas, las vesánicas, las incurables, las esclavas de la miseria, del trabajo y del placer.....

Si hay males del espíritu; si tambien el alma tiene sus enfermedades, ¿por qué no inventar médicos del alma? ¿Por qué el médico del cuerpo ha de invadir la jurisdicción espiritual? En más de un caso debiera rechazarle el Espíritu diciendo, *Noli me tangere*. El pudor, la confianza, la competencia ganarían con esta especie de confesor laico.

¡Qué de males morales se han querido curar inconscientemente como si fuesen padecimientos físicos! ¡Cuántas mujeres no sucumben por causas esencial y determinantemente espirituales!

¡Cuantas no mueren porque el médico les dá *hierro* cuando el *oro* en forma de dote las salvaría!.

¿Creer que se puede curar todo con píldoras, sellos y cucharaditas ó con duchas, ó la Emulsión..!

¡Horas de fiebre y de insomnio combatidas con quinina y cloral... cuando las consume un *réve...!*

Cuantas muertes naturales fueron asesinatos impunes!

Cuántas rupturas fueron amoricidios...

Cuánta angina de pecho originó un abandono...

Qué de pulmonías fueron desengaños.

Qué deseo de morir es el éter, la morfina...

Cuánto histerismo es genio ocaso...

Cuanta hepatite no es sino melancolía. Y el amargor de boca es hiel en el corazón.

Afecciones cardiacas? Si. Enfermedades del corazón. Mal de amores, amores contrariados, *chagrin d' amour, brokenhcart, crepacuore*.

Y no se diga nada de los aneurismas del sentimiento, apoplegias de ilusiones, hipertrofia pasional, tísis del alma y el quiero y no puedo del anémico corazón, sin contar con la gran delectación morosa que es el amor y con esa enfermedad por excelencia que se llama: la vida.

Por tantas y tan diversas causas *Morbus* monstruoso y proteiforme nos aprisiona y envuelve, nos atosiga y nos mata.

¡Oh *petittes malades* siempre enfermitas é hijas de otras enfermas! Por que

En todo lecho de dolor hay siempre
una pobre mujer, dentro ó al bo de.

No hay que contrariarlas, ni irritarlas tampoco.

Hay que compadecerlas, amarlas. Prodigarles exquisitos *petits-soins*, sincero cariño. Mimo, si, mimo, mucho mimo.

Esta es toda la terapéutica femenina que se debe aplicar á las eternas *poupées*. Son tan sufridas! Porque la vida es bella pero impura, fuerte pero áspera. No es complaciente la existencia, no. Lo tierno en la vida, sufre, muere. En la dureza está la fuerza, la victoria y quien sabe si la felicidad... Pobres de nosotras, hijas de la Naturaleza é hijastras de la civilización. Para la más dichosa es la existencia un amargo cáliz. Cuántas llevan dos palmas á la tumba! Complaced á la mujer hasta en sus antojos. Es niña y está enfermita. *Be pitiful* con nosotras, pequeñas almas...!

***

Dije hoy á Miss Lucy que tenía buena cara, aspecto florido, interesante, que estaba pálida... pero con frescos colores. Reanimose, pero nada me contestó. Insistí:—He visto la vida en vuestros ojos; es azul.—Sonrió.—He visto la vida en vuestros labios: es de color de rosa.—Pidió un espejo. Yá no para amortajarse como lo pedía en su delirio...; para verse hermosa.—Se lo dí al punto. Y vió que estaba bella. La creación se ha terminado. Yá está salvada. Se inicia á la vida. ¡La coquetería! Sí, esa es la vida para la mujer: El deseo de ser bella y de agradar. ¡Salve, Coquetería: *Regina mundi muliebris...!*

III

SALUS

Lunes, 18.

Yá hace una semana que Miss Lucy convalece.

Anteayer se dijo la misa en acción de gracias.

¡Qué mejoría más rápida! Por instantes. Ah! es que los vivos también marchan de prisa!

Cómo se ha restablecido! Yo espero que no habrá retroceso... Oh, no.

—«Hemos entrado en pleno periodo de convalecencia»—dijo el Doctor hace días satisfechísimo.

—La convalecencia ¿qué es?—le pregunté yo entonces.

—«Ah! *Mademoiselle*, supongo que no me exigireis una definición precisa... Pues es algo así como la vida adormecida... La salud latente... La existencia á medias... La peregrinación en busca de la tierra prometida... Un periodo de semi-vigilia del espíritu... Un estado de transición... La hora crepuscular, en que luchan la luz y las tinieblas: si aquella vence es el día, la salud; si triunfa ésta, la noche, la enfermedad. Por que es en suma algo así... indeciso. . un claro-oscuro... mitad anhelo de vida, mitad invitación á la muerte...»

—Comprendo—hube de responderle.—Pues ese es el estado en que no de la mujer! Planta expuesta á secarse, tierra abrasada, luz que se apaga... Siempre está ella así!

Sí; esa es tu condición sér delicado y frágil, vaso de elección misteriosamente *brisé*... ¡De cuántas la vida no es sino una convalecencia prolongada! Las que no rinden pronto el tributo á la muerte pagan bien caro el derecho á la existencia. Oh! no maltratadlas con una flor siquiera, que todo puede hacer daño á estas sensibles almas de fuego, luz y rocío...

***

*Kind* Miss Lucy, curareis!... Yá se ha vencido la segunda crisis... Esta ha sido lenta pero decisiva. Sanará; sí que curará. Pero no hay que cantar victoria. Podría curar tan solo en apariencia... Hay heridas que ocultas sangran...

Mas no. El desengaño sería esta vez cruel... Su padre... Oh! no quiero pensarlo!... El, que se cree culpable por su excesiva docilidad para con ella... Ahora que abriga la esperanza de su curación y todos son proyectos para la salud y el porvenir de su hija... ¡Pobre sir Julián!... Oh, no! Sería esto demasiado cruel... Y de mí no digamos: yo que la adoro con toda mi alma... Este fiero golpe trastornaría mi destino y mi ser.

No, no. Hay que impedir á todo trance que el ser querido que hemos conquistado á la muerte y á la enfermedad quede en rehenes del lánguido y lento mal... ¡Siempre enferma...! Oh, no... Fuera salir de *Scila* para entrar en *Caribdis*.

Auyentada la muerte, el poderoso mal ha levantado el campo con sus terribles huestes. Aún os cerca su aliado, el malestar. Mas no temais. Estais fortalecida y no os podeis rendir, *Turris eburnea*...

***

Ni el sol alegre ni la riente naturaleza contrastan yá con la moribunda. Aquel le acaricia la blonda cabellera. Esta le engalana el rostro con sus colores. El viento le aporta sus reparadores efluvios.

La primera vez que salió al mirador, recordaba su semblante bellísimo, tras de los cristales, el de una suave y pensativa virgen del Boticelli.

Porque tiene un aspecto de misterio, una actitud hierática, un aire de languidez, una gracia vaporosa, un no sé qué de interesante, que parece que ha dejado su ojiva, que se ha escapado de un misal, que vuelve á la vida, náufraga del cielo.

Diríase que es un espíritu corpóreo ó un cuerpo espiritualizado, tan frágil y aéreo que romperíase al tocarlo. Mueve los brazos, y parece agitar alas. Anda, y semeja un cisne que se dirige á su estanque... Lágrimas tiene en su voz... Ya no es flor, es perfume. Cuando le hablo, temo despertar yo...; temo que desaparezca el encanto... Como la mariposa, creeríase que ha dejado en su enfermedad toda impureza. Sale más pristina, cual de otro Jordán. Cada vez se purifica y se depura más: como una obra de arte de helénica perfección, surge más etérea, luminosa y sideral.

*Pretty Miss Lucy, vita nova incipitt...!*

***

—«¡Qué malita he estado! lo conozco—háme dicho Miss Lucy.

«¡He pasado tantos días entre la vida y la muerte!,.. ¡Entre la tierra y el cielo!... Porque yo he visto ó casi entrevisto el cielo. Ya os diré un día lo que he contemplado en el Empíreo... En el Empíreo, sí,. No os riais, que no ha sido juego de mi fantasía ni ensueño de mi espíritu... ¿Habrá sido un extasis? No lo sé. Sé que fué algo así como vislumbre sobrenatural. Me acuerdo vagamente pero lo recuerdo todo...

«Vi en una de estas noches, primero, como en una rápida mirada toda mi existencia. Luego tuve la visión de la otra vida y sentí la transformación de mi ser.

«Después, de un vuelo atravesé los astros... el Universo... el cielo azul... y fuí á parar á un alféizar de zafiro sobre una terraza de oro.

Desde mi ventana veía los mundos como globos de colores á mis pies.., El firmamento está cubierto de polvo de estrellas. Hay millones de millones de estrellas»...

—¿Y no os habeis traido alguna, Miss Lucy, para vuestro tocado?

—«No; pero me la enviarán; y la *Via Láctea*, que es un collar de perlas, para regalaros la...»